Don Quijote como utopía

Adolfo Sánchez Vázquez

Fuente: Revista de la Universidad de México,
núm. 32, octubre 2006, pp. 18-23.

I

No hay tal lugar y sin embargo existe: he ahí la gran paradoja de la utopía. Adolfo Sánchez Vázquez reconstruye el pensamiento utópico a través de la lectura de Don Quijote de la Mancha *y nos ofrece una interpretación no sólo novedosa y original de la monumental obra cervantina sino de una vigencia irrecusable en los tiempos actuales. Parafraseando a Hölderlin, en las épocas aciagas siempre serán necesarios los poetas.*

Vivimos tiempos adversos para la utopía. Sobre todo, desde que se derrumbó la utopía que pasaba falsamente por ser socialista. Desde entonces se han prodigado los afanes por enterrarla.

En este clima de sospechas, negaciones o sentencias definitivas con respecto a la utopía, ¿qué puede aportar la lectura de Don Quijote? Ciertamente, no basta leerlo bajo esta preocupación por el destino de la utopía, para que pueda darse una lectura o una interpretación de la obra como una utopía.

Esto puede justificar la pregunta al texto cervantino, pero no la respuesta. Ésta hay que buscarla y encontrarla —si es que se encuentra— en el texto mismo. Es decir, para que la pregunta

sobre tal lectura de *El Quijote* no sea arbitraria y pueda ser contestada, tienen que darse en la obra los indicios, las pistas que permiten leerla o interpretarla como una utopía. Y esto es precisamente lo que nos proponemos hacer desde ahora, tratando de responder a nuestra pregunta: ¿puede leerse *El Quijote* como una utopía?

Pero, antes de seguir adelante, se impone una cuestión previa, a saber: ¿desde qué concepto de utopía vamos a determinar si ésta se da o no en *El Quijote* de tal modo que, con base en él, pueda hablarse de una utopía cervantina? Respuesta al canto: desde el concepto de utopía que nace en el Renacimiento con las utopías de Tomás Moro, Campanella y Bacon, que se continúan con Morelly en el siglo XVIII, las de los socialistas utópicos Saint- Simon, Owen y Cabet en el siglo XIX, y la utopía comunista de Marx y Engels que se reaviva con Ernst Bloch en el siglo XX.

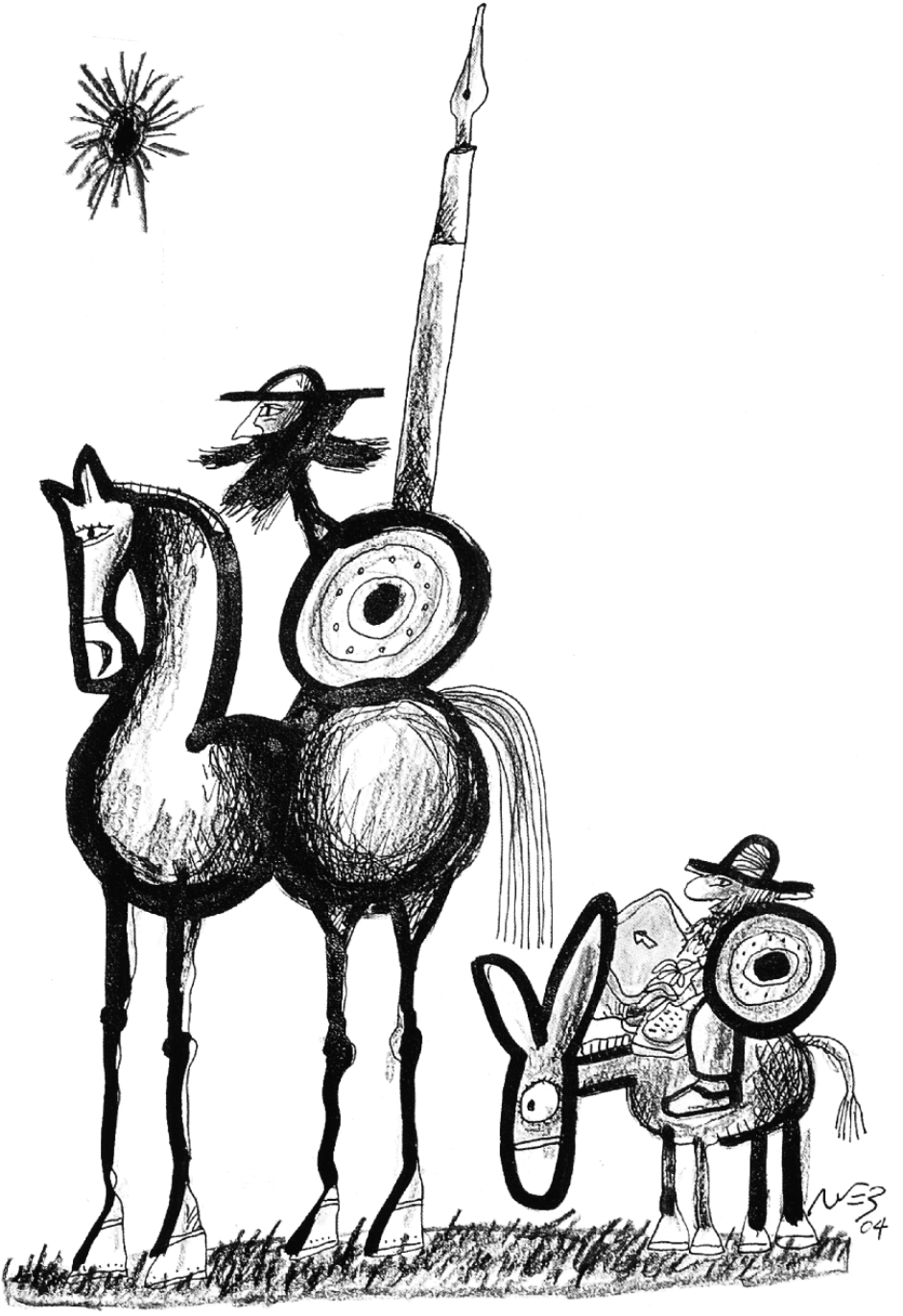
Los rasgos esenciales de esta utopía moderna y contemporánea son los siguientes:

1. La utopía remite a una sociedad imaginaria que no existe en el presente ni en ninguna parte.

2. La utopía presupone una crítica de la realidad social existente. Esta crítica se hace desde ciertos principios o valores que van a realizarse en la sociedad imaginada.

3. Por tratarse en ella de una vida superior o mejor que la existente, la utopía que no es, debe ser.

4. Y precisamente porque debe ser conlleva la aspiración a realizarla. En esto se diferencia la utopía moderna de la antigua, como la de *La República* de Platón.



René de la Nuez, Cuba

Ciertamente, la utopía platónica por hallarse fuera del tiempo y ser perfecta, no requiere una realización que sólo sería aproximada, imperfecta o degradada con respecto a su existencia ideal. En cambio, la utopía moderna y contemporánea entraña la aspiración a realizarla aquí y ahora, ya sea, por ejemplo, con la construcción de hospitales en Vasco de Quiroga, influido por Tomás Moro, para los indios de la Nueva España, ya sea con los falansterios y comunidades de los socialistas utópicos o con la sociedad comunista que Marx y Engels postulaban para desplazar al capitalismo existente. Así pues, la utopía desde la Modernidad diseña una alternativa imaginaria que toca realizar a los hombres de acción.

Tenemos ahora un concepto de utopía como sociedad imaginaria que se aspira a realizar porque debe ser y que requiere una actividad práctica para ello. Pues bien, con este concepto de utopía, volvamos a la cuestión planteada: ¿puede leerse o interpretarse *El Quijote* como una utopía?

III

Veamos, el primer rasgo de la utopía: como sociedad imaginaria que no existe en ninguna parte.

Cervantes la diseña en el discurso de Don Quijote a los cabreros en el capítulo XI de la Primera parte. En ese discurso traza los rasgos de una sociedad que, reavivando un mito de los grandes escritores de la Antigüedad clásica, dice que esa sociedad existió en una "Edad de Oro":

> *Dichosa edad y siglos dichosos..., porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo*

que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.

En este pasaje, como vemos, esta sociedad utópica se define por tres rasgos que permiten la dicha de los que en ella viven. Primero: la ignorancia del "tuyo" y del "mío", o sea de la propiedad privada. Segundo, como consecuencia del anterior: la comunidad de bienes. Y tercero: la liberación del trabajo ya que la naturaleza es tan pródiga que lo vuelve innecesario. El primero y segundo rasgos se encuentran ya en Platón y Tomás Moro y surge, con el tiempo, en Rousseau. Pero el tercero o sea: la vinculación de la dicha con la liberación del trabajo, sólo lo encontramos siglos después en Marx, en *El Capital,* cuando asocia la libertad con la creación de "tiempo libre" como la esfera propia de la libertad. Es decir, con la liberación del trabajo se pasa del reino de la necesidad al de la libertad.

Pero la descripción cervantina de la sociedad utópica no acaba aquí. Dice también Don Quijote en su discurso a los cabreros:

Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde-quiera, sola y señera, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad.

Se trata, pues, de una sociedad en la que sobre la base económico-social de la inexistencia de la propiedad privada y de la exis-

tencia de la propiedad comunal de bienes, imperan en las relaciones entre los hombres, la paz y la concordia, así como la verdad y la franqueza, la honestidad y la justicia. Una convivencia que permite que las jóvenes puedan caminar solas, sin temor a intentos lascivos, dueñas de sí mismas a su gusto y voluntad.

Tal es la imagen de la sociedad utópica, soñada por Don Quijote, que se dio en los tiempos dichosos de una Edad de Oro, que obviamente nunca existieron.

IV

Como toda utopía, también la cervantina presupone una crítica del presente que, por contraposición a la "Edad de Oro", la llama Don Quijote "Edad de Hierro". Una edad en la que —como dice Don Quijote a los embobados cabreros—, impera el fraude, el engaño y la malicia; en la que no existen la paz, la amistad ni la concordia y en la que el entendimiento del juez se asienta en la "ley del encaje". Una sociedad en la que, por contraste con la de esta "Edad de Oro", los hombres no ignoraban —conviene recordarlo— estas dos palabras "tuyo" y "mío"; o sea, la propiedad privada.

Pero la crítica cervantina no sólo se da en un plano general sino que apunta también a una realidad con-creta, histórica: la de la España de su tiempo que estaba flagelada por la corrupción y sujeta a la desigualdad social de la "nobleza de la sangre". Teniendo en la mira las desiguales relaciones entre los hombres en esta España aristocrática, Cervantes lanza como un dardo certero estas palabras: "No es un hombre más que otro...". Y agrega, apuntando con precisión al flanco: "... la virtud por sí sola vale lo que la sangre no vale".

Hay, pues, una crítica de la realidad tanto en el plano económico —la propiedad privada— como en el político-social de las instituciones: la Iglesia y el Estado; así como una crítica moral de la corrupción, las injusticias, el engaño y la deshonestidad.

También, como en toda utopía moderna, se considera que los principios y valores que se sustentan —dignidad, justicia, libertad, igualdad— negados o inexistentes en la realidad, deben existir en ella. Don Quijote no se limita a proclamar su superioridad y grandeza en la Edad de Oro, sino que se propone, a lo largo de todas sus hazañas, introducirlos en la realidad. Ponerlos en práctica es para Don Quijote un imperativo moral, cualesquiera que sean las consecuencias.

La utopía cervantina, por ello, no es sólo asunto de ideas o de ideales sino de acción y de actividad práctica. La utopía es aquí no sólo la visión de un mundo ideal, sino de un mundo que debe existir y este "debe", o como imperativo moral, es el que empuja a Don Quijote a la acción. Y, por ello, él es ante todo un hombre de acción, que como tal no se deja arrastrar por la especulación o la duda.

Convencido firmemente de sus principios y valores, no reflexiona sobre los cambios que la realidad debiera imponer a su acción. Don Quijote no duda nunca, ni nunca pone en cuestión a sus aventuras ni a él mismo: "Yo sé quién soy", dice con orgullo.

Convencido pues, de la bondad de sus principios y del deber de introducirlos en la realidad, Don Quijote es un hombre que se mueve y actúa sin autocriticarse ni cambiar su estrategia ante los cambios de la realidad. Nunca retrocede tampoco ante los riesgos por graves que sean. Lo que dice de la libertad y de la honra puede extenderlo a todos los principios y valores que impregnan sus hazañas:

> *"Por la libertad, así como por la honra se puede y debe aventurar la vida...".*

Por ello, la utopía cervantina tiene como protagonista a un hombre de acción y en *El Quijote* es precisamente la narración de sus aventuras, es decir, de su comportamiento práctico para convertir sus sueños, sus ideales en realidad. Y, por ello, no se

trata —dice— de “pedir al cielo” —como hacen los religiosos— “con toda paz y sosiego..., el bien de la tierra” sino de “poner en ejecución lo que ellos piden” defendiéndolo “con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas”.

V

Ahora bien, si Don Quijote con sus aventuras, con su comportamiento práctico, persigue realizar el bien en la tierra; es decir, socorrer a los necesitados, defender a los débiles, castigar a los malvados, vemos también que este generoso comportamiento desemboca siempre en un fracaso. Ciertamente, cada aventura del Ingenioso hidalgo se salda con un fracaso. Y el fracaso tiene como consecuencia en alguna aventura como en el caso del pastor Andrés, que no sólo no consigue ayudarle sino que le causa tal daño que, lejos de obtener su reconocimiento por tan generoso empeño, sólo recibe su rechazo. Lo que nos da muestra, por tanto, la genial novela de Cervantes con el fracaso de las aventuras de Don Quijote como intento de realizar su utopía es, precisamente, la imposibilidad de realizarla. Ahora bien, ¿puede interpretarse este fracaso como una advertencia de Cervantes contra todo empeño utópico, por noble y generoso que sea?

La pregunta en toda su desnudez, sería esta: el fracaso innegable de la utopía quijotesca, ¿puede significar el destino que espera a toda utopía? Pero para responder a ella, no hay que perder de vista que la utopía quijotesca es una utopía concreta, que se localiza, por tanto, en un tiempo y un espacio determinados y que si bien tiene como protagonista a un hombre imaginado, no se trata de un hombre abstracto, pura encarnación de una idea. Don Quijote es un loco que, por la genialidad de su creador, vive como un loco de “carne y hueso”. Pues bien, teniendo presente que se trata de una utopía determinada, concreta, cuyo saldo constante y final es el fracaso, cabe preguntarse: ¿por qué fracasa una y otra vez Don Quijote? ¿Por qué su empeño de realizar el bien acaba siempre por mostrar el rostro adverso del fracaso?

Al tratar de explicar el fracaso de Don Quijote, o sea el de su utopía, no recurrimos a las teorías que, supuestamente, explican, con su generalidad y abstracción, el fracaso de toda utopía. Tal es, por ejemplo, la que sostiene que el empeño utópico entra en contradicción con la naturaleza humana, concebida ésta de un modo universal como insolidaria, egoísta o competitiva. Cierta-mente, esta naturaleza humana, así concebida, corresponde a una forma histórica, concreta de ella: la del burgués insolidario, egoísta y competitivo. Hay otras "explicaciones" del mismo carácter especulativo abstracto en las que ahora no podemos detenernos.

Al responder a la pregunta de por qué fracasa la utopía quijotesca, vayamos al texto mismo. Y, ¿qué es lo que encontramos en él para explicarnos el fracaso del Ingenioso hidalgo?

1. Que Don Quijote fracasa al invertir la relación entre lo ideal y lo real, y al volverse de espaldas a los cambios de la realidad que pretende transformar. Baste recordar las aventuras en que toma la venta por castillo o los molinos de viento por gigantes. Así no se puede transformar lo real.

2. Don Quijote fracasa, asimismo, porque su fidelidad absoluta a los principios, le impide adecuar sus actos a los cambios en la realidad y hacerse cargo de sus consecuencias.

3. Don Quijote fracasa también por la inadecuación entre los ambiciosos fines que se propone realizar y los medios raquíticos de que dispone para ello: el escuálido rocín que monta y una olvidada lanza como arma.

4. Fracasa asimismo porque las condiciones sociales, las instituciones de la época y la ideología absolutista y la católica de la Contrarreformadominante hacen imposible el humanismo, de raíz erasmista, que encarna Don Quijote.

Y, finalmente, fracasa porque el esfuerzo quijotesco, dado su carácter solitario, individual, sin la solidaridad y actividad colectiva necesarias, está condenado a la impotencia. La realización del bien en la tierra no es una empresa individual, sino colectiva,

social.

VI

El fracaso de una utopía determinada, concreta, no condena al fracaso a toda utopía. Lo que Cervantes insinúa, y ésta es otra de las grandes lecciones de *El Quijote,* es que una utopía como la suya fracasa si no se dan ciertas condiciones para su realización. En suma, la gran empresa quijotesca de realizar el bien fracasa cuando las ventas se toman por castillos, cuando sólo se dispone de un jamelgo escuálido, cuando se actúa en una sociedad jerárquica y cerrada y se lleva a cabo esta noble tarea solitariamente, sin contar con la cooperación, la ayuda y la solidaridad de otros.

Este fracaso concreto, al pretender realizar nobles ideales, no significa, por ello, que hay que renunciar a la utopía en nombre del más craso realismo.No se puede vivir sin utopías como quieren los agoreros que hoy proclaman su fin. Y Cervantes, después del fracaso de su héroe, no renuncia a ella.

El capítulo final de su genial novela, titulado "De cómo Don Quijote cayó malo y del testamento que hizo, y su muerte", así lo atestigua. Al transformarse Don Quijote en Alonso Quijano, o sea de loco en cuerdo, y acercarse el final de sus días, pareciera que después de tanto fracaso sus sueños se van a disipar al tomar tierra y que la utopía de Don Quijote va a morir con él. Y sin embargo, no es así, pues ahora es este Sancho, su escudero, que hasta ahora ha vivido en la más burda y plana realidad, el que se hace cargo del legado utópico de su amo, ya cercado por la muerte, al decirle: *"Levántese desa cama vámonos al campo".*

Con lo cual Cervantes apuntala lo que se desprende de una lectura de su obra como utopía:

1. Que una utopía, como la quijotesca, está condenada al fracaso.

2. Que esto no significa, sin embargo, el fin de la utopía. La

utopía es tan necesaria e insoslayable como la aspiración a una vida mejor, más digna, más libre, más justa y más igualitaria. Tan necesaria e imperiosa moralmente que, como demuestra el Ingenioso hidalgo cervantino, merece correr los riesgos y los obstáculos que hay que correr para su realización.

3. Que esta utopía, necesaria para trascender el mundo existente y vivir una vida mejor será una locura si no toma en cuenta la realidad que se pretende transformar.

Tal es la lección que nos brinda la lectura de *Don Quijote de La Mancha* en tiempos en que, ante el fracaso de una utopía histórica, concreta, se proclama el "fin de la utopía".

Y tal es, en definitiva, nuestra respuesta a la pregunta inicial: ¿puede leerse el *Quijote* como una utopía? ■

Biblioteca Libre
Omegalfa
ΩΔ